

Fernando Santiván

LA AVANZADA

De «Memorias de un tolstoyano».

RESUMEN ANTERIOR.—En el N.º 100 de ATENEA, F. Santiván cuenta cómo nació la idea, entre un grupo de intelectuales santiaguinos, allá por el año 1907, de fundar una colonia basada en las teorías sociales de León Tolstoy. Augusto G. Thomson, conocido años más tarde con el pseudónimo de Augusto d'Halmar, Julio Ortiz de Zárate, y el autor del artículo, se reúnen diariamente en el Parque Forestal. Después de mucho discutir teorías, uno de ellos propone: «¿Y por qué no poner en práctica las ideas tolstoyanas?». Y quedó decidido entre ellos llevar una vida primitiva y ascética en cualquier campo apartado de la capital.

ES imposible que el venerable apóstol de Yasnaia Poliana, ni el profeta de la austera Reforma, tuvieran mayor unción, ni más severa grandeza en su actitud, que Augusto Thomson en aquellos días que precedieron a nuestra partida. Acaso los grandes espíritus requieren cierta aureola teatral para imponer a la humanidad sus ideas fulgurantes.

Solo más tarde hemos reconocido en el gran Tallaví, al interpretar «El Místico» de Rusiñol, gestos y actitudes como las de Augusto Thomson al sentirse visitado por el espíritu ascético. Sin abandonar por eso su personalidad anterior; antes bien, conservándola en

discreta e inteligente transición, Augusto se adaptó a su nuevo avatar, con fino cálculo artístico.

Los asiduos a la tertulia familiar fueron los primeros en conocer el proyecto expedicionario. Elegirían como campo de acción la misteriosa frontera, con sus bosques impenetrables y sus cascadas de profunda sonoridad.

Al escuchar los proyectos de Thomson, Luis Ross vibraba como una cuerda tensa. Sus ojos sombríos giraban en su rostro de árabe adolescente, con tanteos de reflectores.

—¡Qué vida! ¡qué linda vida!—gritaba—¡Sublime!... Educarán ustedes a los araucanitos, como los misioneros. . . Formarán hombres libres, a semejanza de Reclus y Kropotkin.

Thomson improvisaba. Gravemente, con voz lenta, respondía:

—La escuela será la base de nuestra obra. Estableceremos los métodos de Yasnaia Poliana.

Balentín Brandau, espíritu analítico, observaba con ojos reidores, detrás de sus gruesos lentes:

—¿Con que están resueltos a abandonar las comodidades mundanales, eh?—preguntaba a Julio Ortiz de Zárate.

Y éste respondía, apretando sus firmes mandíbulas, con expresión de atleta de feria que se dispone a quebrar con los dientes, fierros y piedras:

—Sí, ¡estamos resignados a ser felices!..

A pesar del espíritu apostólico se posaba para la posteridad. Algunos diarios hicieron comentarios irónicos. No eran tiempos aquellos para operaciones idealistas; ni el reciente romanticismo literario, prendido con retardo en nuestras tierras vírgenes, como una banderola olvidada de la remota orgía europea, hacía posible la comprensión de una calaverada mística. ¡Colonia tolstoyana! ¡Empresa de locos! Y el ridículo restallaba por todas partes en sonoras carcajadas. Un diario de la

tarde, publicó un párrafo que alguien atribuyó a la pluma de Nadir:

«Un grupo de muchachos proyecta salir para el sur, con el fin de fundar una colonia inspirada en las teorías religioso-filosóficas de Tolstoy. Es de presumir que los colonos intentarán vivir desnudos, como Adán, nutriéndose en las selvas, de raíces, animalitos y peces crudos. Es de lamentar que Eva haya sido excluída de esta comunidad; seguramente, los colonos habrían tenido ocasión de formar con ella, moralizadores cuadros plásticos» . . .

Thomson sonreía con desdén señorial, perdonador y mártir, como un ermitaño experimentado en vigili- as y privaciones. Julio Ortiz mostraba sus pacíficos col- millos de lobo, y yo ardía en ansias de combate, como aquellos cruzados que defendían su fe a mandobles bien poco cristianos.

—¡La irresistencia al mal!—recordaba nuestro joven maestro, y ambos acólitos escondíamos las armas bajo los sayales beatos.

Pero, para equilibrio de los nervios no todo eran sarcasmo y chanzas incomprensivas. El poeta Pezoa Véliz, escribía desde Valparaíso, confesándose atraído por nuestra iniciativa tolstoyana y proyectaba adhe- rirse a nuestro grupo, tan pronto como pudiera.

—¡Hermanos!—exclama en el encabezamiento de sus cartas, y había en esta palabra, sin duda, un sabor de alma popular, bien castizamente chilena.

Los pintores Backhaus, Valdés y Burchard, daban los últimos pasos para seguir al joven pontífice. El anarquista Escobar y Carvallo y el pintor Rebolledo Correa nos estrechaban la mano a la distancia. Ellos formaban parte de una colonia comunista establecida en un viejo inmueble de Santiago. Allí se admitía al bello sexo y no faltaban neófitos ingenuos que inter- pretaban las teorías marxistas despojando a los «com-

pañeros» de los útiles de casa y de sus mujeres, como de «objetos» pertenecientes a la comunidad.

Baldomero Lillo, por esos días recién nacido a las letras chilenas con biceps de atleta adulto, aprobaba fraternalmente. En retorno, Thomson saludaba al nuevo novelista desde «La Lira», como al cantor de los desamparados. Magallanes Moure ofrecía su concurso entusiasta, aunque, por motivos familiares, no podía acompañarnos en la aventura.

Samuel Lillo movía la cabeza murmurando con protectora condescendencia de hermano mayor: «Estos niños»... mientras Diego Dublé Urrutia chillaba y discutía. En esos días recibió Dublé su título profesional y proyectaba enviar a sus relaciones una misiva a manera de romántico cartel: «Diego Dublé Urrutia, al obtener su título de abogado, anuncia a usted que renunciará a su profesión, para dedicar todo su tiempo al cultivo de las Bellas Letras». Una bomba que, según creo, no alcanzó a estallar.

Mientras tanto, los futuros colonos continuábamos los preparativos. Se me comisionó como explorador a la frontera, en donde yo poseía un primo, terrateniente de veinte mil hectáreas de bosques vírgenes.

Con ánimo ligero arrojé por la borda un pequeño puesto de vendedor de librería que un lejano pariente, tutor de la sucesión del viejo librero Roberto Miranda, me diera para costear en el pedagógico mis gastos de estudiante pobre.

¡Edad venturosa, los diez y siete años, sonoro petardo cargado con rojos claveles y pétalos de azucenas! Huérfano y libre, husmeaba el aire, espeso de inquietantes perfumes de primavera. Una ansia de romper cadenas, me hacía cerrar los ojos y cargar contra el porvenir.

Con la venta de muebles y ropas de mi cuarto de estudiante, reuní un puñado de monedas, apenas las suficientes para costear el pasaje hasta Bulnes, pueblecito plácido, próximo a la vieja e histórica ciudad de

Chillán. Allí residía el afortunado pariente poseedor de fabulosos bosques.

—Convenido,—respondió éste, sonriendo; irónico y protector, al escuchar mis confidencias. Regalaré todo el terreno que necesiten y puedan cultivar por sus propias manos. ¿Cuánto? ¿Cien cuadras? Dispón de ellas, y más si quieres.

Mi primo era diez años mayor que yo, alto, flaco y barbudo. Queríame como un hermano mayor. Debe de haber reído interiormente a carcajadas al pensar en el grupo de muchachos inexpertos que proyectaban adueñarse de la selva gigante, sin más elementos de trabajo que su entusiasmo.

La edad adolescente es así. La generosidad va del brazo con la inconsciencia en loca hermandad. En esa época de la vida, florecen los sentimientos magnánimos. Entonces se cree en el amor y en la amistad como en cosas tangibles y se da toda la sangre con la naturalidad con que se alarga la pitillera para ofrecer un cigarrillo.

Tolstoy, en la «Guerra y la Paz», presenta el tipo de un condesito, tan generoso como ingenuo. Posiblemente, es el retrato del propio autor en su infancia. Sale el jovenzuelo a combatir a Napoleón, con la alegría con que se puede ir al campo a cazar mariposas. Cuando convive con sus camaradas y superiores de cuartel, se precipita a ofrecerlo todo: caballos, joyas, provisiones, dinero... Era preciso defenderse de su dadivosa manía.

Vemos también a Lord Byron en su época de colegial erigiendo un sagrario a la amistad; allí adora y es adorado por sus camaradas como un semi héroe. Las empresas con que sueña, y las que más tarde realiza, llevan la marca del sentimental impetuoso y contradictorio, ávido de infinito y de sensaciones ignotas.

También Augusto Thomson, niño, tan parecido en su figura, en su rostro y hasta en la comunidad de ori-

gen escocés, al joven autor de Childe Harold, caracolea en su carcel piafante, dispuesto a lanzarse sobre vedadas sensaciones, ambicioso del vivir intenso.

Contábanos él mismo que, en cierta ocasión, siendo niño, anheló probar las emociones del ladrón. Era en esa época empleado en una casa de martillo regentada por un aristocrático subastador de apellido vasco. Entre las especies que se exhibían al público antes de efectuarse el remate, había una daga antigua, ricamente cincelada por un artífice arábigo. Habiendo decidido Augusto apoderarse de la joya, encerrada con llave en una vitrina, preparó cuidadosamente su plan, y en los momentos en que empleados y patronos se enfrascaban en el recuento del dinero, ocultose en la sombra y se arrastró con cautela de ratón y suavidad de reptil entre los muebles de la almoneda. Si lo hubieran sorprendido, habría perdido su bien merecida reputación de muchacho honrado. Seguramente lo esperaban la vergüenza, la cesantía. ¡Qué de emociones, que de temores dolorosos antes de llegar al codiciado objeto! Al enfrentar la vitrina se hallaba tan extenuado, que estuvo a punto de sufrir un desmayo.

Era de esperar que Augusto guardaría en sitio de honor aquel tesoro tan costosamente obtenido, él, que administraba con arte recuerdos y baratijas de coleccionista; pero, esta vez, tan pronto como un amigo le hubo manifestado admiración por la daga, se desprendió de ella sin dolor, como millonario Buckingham que desparrama perlas a su paso.

Acaso el propósito de fundar una colonia ascética a la manera de Tolstoy, no fuera en nosotros más que un generoso anhelo de martirio por la novedad que significaba en nuestra vida. No es imposible que con igual entusiasmo hubiéramos marchado a la guerra o decidiéramos seguir en pos de Joaquín Murieta, el héroe californiano fuera de ley. No quiere decir que nuestra admiración por el maestro de Yasnaia Poliana

fuese poco sincera. Ardía en nosotros, especialmente en Ortiz de Zárate y en mí, un rendido espíritu apostólico, pero las inspiraciones que corresponden al periodo de la pubertad, poseen un complejo vago, misterioso y contradictorio. En esa época que se puede elegir con igual facilidad el camino del monasterio, o el de la cárcel. Todo es cuestión de circunstancias, ambientes y sugerencias externas.

Conseguido el terreno para nuestra futura colonia, regresé apresuradamente a Santiago, impaciente por activar nuestra partida. Al llegar supe por mis compañeros que no faltaron malos augures que vaticinaron nuestro fracaso.

Alguien explicó que en la selva abundaban leones y que seríamos comidos como corderillos. Pero el vaticinio más terrible era el de las lluvias. Allí no existía el verano, solo podrían subsistir los sapos y los cisnes del poeta Winter. Thomson, después de examinar el verde suave de un mapa austral, decidió que el paisaje debía ser bello. La posibilidad de las lluvias, se descartaba llevando buenos paraguas.

Por fin, una mañana de diciembre, si no me engaña la memoria, nos reunimos en un vagón de tercera. En medio de una multitud maloliente, envueltos en espesa atmósfera de humo de mal tabaco, codeados y estrechados por ásperos personajes del pueblo, que comían tortillas y empanadas, y arrojaban al suelo cáscaras de frutas, escupiendo y riendo con voces discordantes, formábamos un pequeño grupo insólito y curioso. Las enérgicas manos de Julio Ortiz de Zárate, acumularon en un ángulo del vagón las bolsas de ropa que constituían nuestro equipaje. Entre ellas, la delgada figura de Thomson, con gorrilla de viaje y guardapolvo de brin crudo, surgía como un inglés de zarzuela española, largo y flemático. Miraba en derredor, y al observar a nuestros compañeros de viaje, una mueca de pulcritud alarmada se prendía en su boca estremecida por

ligero tic nervioso. Julio y yo afectábamos complacencia campechana en contacto del hermano pueblo, a quien íbamos a conocer de cerca, y a redimir...

Thomson, lentamente, se calzó guantes de hilo, extrajo un libro del maletín, y se dispuso a leer en voz alta. Leyó para Julio y para mí; su actitud y las bolsas de ropa colocadas como trincheras a nuestro alrededor, crearon sin dificultad una valla que nos puso a distancia del pueblo que nos rodeaba. Ellos nos observaron un instante con extrañeza y curiosidad; no tardaron en desentenderse de nosotros.

Augusto leía la Trilogía de la Muerte, de Maeterlink. Con admirable acento insinuaba misterios, vaguedades, sugerentes terrores.

Por las ventanillas del vagón, veíamos huir, mientras tanto, el paisaje suave, fino y luminoso de nuestros campos centrales. La cordillera, enorme y pensativa, se alzaba al fondo con su imaculada clámide blanca y parecía examinarnos con la gravedad extrañada de un gigante que ve pasar un ejército de hormigas diligentes.

Murallas de álamo verde pálido, encerrando poteros cubiertos de cultivos y de animales que pastaban en aparente inmovilidad, canales y ríos de aguas corrientosas, sombríos bosquecillos de matorrales, dábanos impresión de trabajo, de paz y plenitud. Julio Ortiz y yo cambiábamos opiniones y trazábamos planes de fecunda labor campesina. Augusto nos escuchaba distraído. Ya cerca de Chillán, comenzó a ponerse cavi-
loso. Aquel barullo de gente desaseada que entraba y salía, por la puertecilla del vagón como una tropa bárbara lo tenía en constante nerviosidad. Se quejó de dolor de cabeza; comenzó a sentir bascas; su rostro fué adquiriendo color azafranado.

—¿Queda mucho para llegar?—interrogó, observándonos con ojos angustiados.

—Bastante,—respondí.—Esta noche alojaremos en Temuco. Mañana, a medio día, saldremos de allí. Al

caer la tarde, estaremos en Antilhue. Después, a caballo, habrá todavía una jornada de camino. . . .

—¡Hum! Pero eso es el fin del mundo. . . .

—¿Qué?

Guardó silencio. Comprendí que alguna idea se abría paso trabajosamente en su cerebro, y que su pensamiento huía lejos de nosotros.

Julio entabló charla con una gruesa campesina. Había subido en una de las estaciones y amontonando a su alrededor canastos, bolsas de ropa, jabas de gallinas, un perrillo. . . . Instalada en medio de su enorme equipaje, secábase el sudor con un pañuelo de yerbas y miraba recelosa sobre sus paquetes, recontándolos mentalmente.

—Bueno,—exclamó Augusto de pronto.— ¿Y hay casas en el fundo a donde nos dirigimos?

Aquella pregunta me produjo consternación. Yo había hablado repetidas veces de selvas vírgenes, de terrenos solitarios y sin recursos. ¿No se había dado cuenta, Augusto, aun? . . .

—No,—respondí con seguridad.—Allí tendremos que construir un rancho de tablas, y si no hay madera elaborada, lo haremos con troncos ramas y canalones labrados a mano. . . .

—Miren,—exclamó Augusto, como si tomase de pronto una resolución.—He pensado que sería más conveniente que nos fuéramos a Arauco.—Allí tú tienes parientes, añadió, dirigiéndose a mí.—Esa región, a lo que parece, es menos desamparada y está más cerca de la capital que la otra. . . .

Siguió una breve discusión. Tuve que contener mis ímpetus; irritábame este cambio brusco de un proyecto que habíamos estudiado largamente, para reemplazarlo por otro en que no había más de positivo que nuestros buenos deseos. Era ridículo. . . . Julio me daba la razón; pero, ante la insistencia de Thomson, tuve que ceder.

—¡Ustedes sabrán!...— exclamé, con disimulado fastidio.—A mí me es indiferente.

Pero, en mi interior, se desmoronaba una ilusión. ¿Cómo? ¿Solo ahora se venía a pesar los inconvenientes de nuestra aventura? ¿No estábamos de acuerdo en que nada nos arredraría, ni los trabajos, ni las enfermedades, ni las miserias? Nuestra empresa era de audacia y resolución. Los misioneros que se internaron en la selva de Valdivia, no se preguntaron si los indios los recibirían con los brazos abiertos o si los colgarían en cualquier roble de la montaña. ¿Y nuestra arma formidable: «la irresistencia al mal»? Tanto más que los indios de hoy no eran los de tiempo atrás, fuera de eso, sin que nadie lo supiera, escondía yo en mis bolsillos un pequeño revólver, casi un juguete, viejo y mohoso, pero que podría, acaso, hacer estallar cinco balas magníficas que lo acompañaban. Era como un pecado que llevase oculto, esa arma, que respondía a mi sangre ardorosa, a la combatividad heredada de mi padre, viejo veterano de las selvas, y de mis antepasados maternos, revolucionarios de la independencia...

El airoso castillo de arena levantado en mi alma, comenzaba a desmoronarse. En ese momento caía un torreón... Disimulé una mueca amarga:

—Tendremos que transbordar en San Rosendo,— dije,—y tomar el tren a Concepción.

Recordó Thomson, entonces, como para justificar su cambio de frente, que en esta última ciudad, o en Talcahuano, no estaba seguro, tenía un amigo. Se apellidaba Guerrero.

—Si pudiéramos averiguar su dirección,—murmuró, contaríamos con alojamiento. Además, tendría mucho gusto de volverlo a ver.

Nos habló extensamente de él. Era un viejo camarada de la niñez, de una época de su vida en que frecuentaba una modesta sociedad de barrio, con bailes y malones, juegos de prendas y recitaciones de melopeas. En un paseo que hicieron a un pueblo de los alrede-

dores de Santiago, la rama de un arbusto azotó la cara de Guerrero y le saltó un ojo. En la actualidad, debería ser empleado de la casa Williamson.

Desgraciadamente, el amigo no se pudo encontrar a nuestra llegada a Concepción.

—Mal ojo le veo al tuerto,—exclamé, aventurando el chiste malo con el fin de aligerar nuestro penoso estado de espíritu. Pero Augusto dejó caer sobre mí una mirada severa, y en adelante, los seguí en silencio por las desconocidas calles de Concepción, acomodando del mejor modo sobre mis espaldas el pesado lote de bolsas y maletas que me había tocado en la repartición. No hubo más remedio en vista de nuestro fracaso, que buscar hospedaje en el primer hotelito barato que recomendara el muchacho que nos ayudó a sobrellevar nuestro equipaje.

Sobre la puerta de aquella hospedería humilde, avanzaba sobre la acera, un farol cuadrangular, de vidrios esmerilados, como una cabeza asomada curiosamente. En ellos se leía con claridad: «Piezas para alojados». Un zaguán angosto, largo y sucio, conducía a un pobre cuarto con dos camas. Thomson, al verlo, arrugó la nariz e hizo una rápida inspección que lo dejó descontento. Sin embargo, ante la exigüidad del precio, decidimos quedarnos.

Augusto extrajo de las bolsas un par de sábanas resplandecientes y comenzó a cambiarlas por las que tenía su cama. Toda su ascendencia sajona y sus antepasados galos y nórdicos tomaron parte en el arreglo metódico de aquella cama eventual.

Julio y yo ocupamos nuestros lechos, con resignación criolla. ¿—Qué más da? «Una noche se pasa de cualquier modo»...

El cansancio del viaje y la saludable edad que me inmunizaba de todas las molestias, hicieron que me durmiera tan pronto puse la cabeza sobre la almohada: ¿Qué soñé?... Seguramente algo desagradable, porque mi quietud duró poco. Millones de alfilerazos punzá-

banme el cuerpo. Era un suplicio menudo y persistente que me quitaba la íntima satisfacción del descanso. Concluí por despertar del todo. Sin embargo, no me atreví a moverme, por temor de molestar a mis compañeros. Solo cuando sentí que ellos rebullían en sus lechos con desasosiego creciente, me levanté con brusquedad y encendí la vela.

—¿Qué hay?— pregunté, sentándome en la cama.

—¿Qué hay?— preguntaron ellos a su vez.

Lo que vimos entonces fué algo peor que una pesadilla. Erguidos en nuestros lechos, contemplamos, con los ojos muy abiertos, un interminable desfile de bichos oscuros que fluían de las paredes sucias, de los papeles rotos y despegados, y que invadían las colchas, trepaban por las almohadas...

Thomson, sin proferir palabra, con el rostro descompuesto, señaló un pequeño letrero, escrito, de seguro, por algún cliente que nos antecedió en el cuarto. El letrero decía, simplemente:

—«¡Desgraciado! ¡Mata los chinches!»

Eso hicimos. Fué una ocupación entretenida y azarosa como una cacería. En ella empleamos la noche entera, hasta el momento en que vino a filtrarse por la claraboya del techo una turbia luz de aurora. Entonces salimos de aquel antro y nos bañamos en el aire purificante de la mañana.

Caminamos hasta llegar cerca del Biobío. A esa hora las aguas mudas que se extendían hasta perderse de vista, como una inmensa lámina de acero en movimiento pausado, y ligeramente cubierto por nieblas bajas, inmóviles. Una balsa cargada se movía lentamente junto a la orilla opuesta. Yo recordé una de tantas narraciones de Gorki: «¡Ah, de las almadías! Y el agua caminaba en silencio, lamiendo con mil lenguas parloteantes las márgenes fangosas»...

¡Con qué sed de los pulmones aspiramos el aire limpio de aquel amanecer, que parecía penetrar en nosotros hasta las entrañas!